

**MARTYN PICKERSGILL E IRA VAN KEULEN (EDS.),
SOCIOLOGICAL REFLECTIONS ON THE
NEUROSCIENCES, BINGLEY, EMERALD GROUP
PUBLISHING, 2011, 332 PÁGINAS**

*Jimena Mantilla**

**NUEVAS TEORÍAS, PRÁCTICAS Y TRANSFORMACIONES
CONTEMPORÁNEAS: LAS CIENCIAS DEL CEREBRO
DESDE LAS CIENCIAS SOCIALES**

Sociological Reflections on the Neurosciences, editado por Martyn Pickersgill e Ira Van Keulen, es una de las primeras contribuciones desde las ciencias sociales sobre el campo de las neurociencias cognitivas.

Las neurociencias cognitivas, como espacio social de producción de conocimientos, son el emergente de un conjunto heterogéneo de saberes, métodos y disciplinas centradas en el estudio científico del cerebro. Sin embargo, tal como Pickersgill y Van Keulen destacan en la introducción del libro, más que una colección de prácticas científicas, se trata de nuevas maneras de pensar sobre la mente, el cuerpo y la sociedad. A partir de las nuevas tecnologías de imágenes, las neurociencias han contribuido a cambiar el estatuto del cerebro, considerado no solo en su dimensión médica sino otorgándole un valor social del que carecía en la vida política, la vida cotidiana y las referencias culturales (Bezerra, 2000; Rose, 2003, 2007; Dumit, 2004; Ehrenberg, 2004, 2008; Ortega, 2008).

* María Jimena Mantilla, becaria posdoctoral Conicet, Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Correo electrónico: <jimenamantilla@yahoo.com.ar>.

Esta reseña se elaboró en el marco de una beca del programa European Neuroscience and Society Network (ENSN) en el BIOS Centre, London School of Economics and Political Science. Mi agradecimiento a Martyn Pickersgill y a Claire Swift por facilitarme una copia del libro.

Más allá de las producciones en el propio campo, las neurociencias han suscitado el interés de las ciencias sociales, principalmente abordajes de corte filosófico o sociohistóricos que indagan en el impacto de estos nuevos desarrollos. Allain Ehrenberg propone la figura de “sujeto cerebral” (2004, 2008) para dar cuenta de cómo la noción de sujeto se redefine en términos cerebrales. Nikolas Rose (2003), con la noción de “sujetos neuroquímicos”, describe la forma en que las experiencias de sufrimiento de la vida cotidiana y los trastornos psicopatológicos tienden a concebirse como un producto de un desbalance en la química cerebral. Para Rose (2007), el impacto de las neurociencias se inscribe en un proceso mayor de rebiologización del ser humano, donde la influencia de la biología molecular y la tecnologización de la biomedicina y la ciencia son procesos clave. Ortega y Vidal (2011), por su parte, exploran el impacto de las ciencias del cerebro a través de lo que llaman “neuroculturas”, que expresan “la omnipresencia del cerebro como un ícono mayor de la cultura contemporánea” (Ortega y Vidal, 2011: 8). La principal virtud de estos trabajos es que permiten entender tanto las transformaciones sociohistóricas en las que se inscriben las neurociencias como las concepciones sobre el hombre, la naturaleza y la cultura que subyacen a ellas. No obstante, para un análisis de las implicancias de las neurociencias es necesario recurrir a estudios sociales específicos, ligados a las modalidades de construcción científica en escenarios locales.

La investigación en neurociencias cognitivas, sus efectos en las prácticas médicas y las implicancias culturales ameritan, en consecuencia, un estudio microsocial, como los que se presentan en este libro. Se trata de un conjunto heterogéneo de investigaciones empíricas que abordan diferentes campos donde las neurociencias tienen un rol fundamental, desde la investigación experimental hasta la clínica médica.

La introducción escrita por Pickersgill y Van Keulen es, en sí misma, una caracterización sociológica de las neurociencias y los nuevos interrogantes que postulan, sus implicancias en la redefinición de problemáticas psiquiátricas y neurológicas, el rol de las tecnologías de imágenes en la producción de datos, las nuevas tecnologías terapéuticas, los nuevos actores sociales (profesionales, investigadores y pacientes) y la emergencia de categorías identitarias.^[1] Dos cuestionamientos centrales se señalan en esta sección: por un lado el tipo de preguntas que buscan responder las neurociencias cognitivas y por otro lado la metodología que utilizan para ello:

[1] Como por ejemplo el caso de aquellos pacientes con diagnóstico de Asperger que se autoproclaman como neurodiversos, es decir, con un tipo particular de condición cerebral que no necesariamente indica una patología.

Las nuevas ciencias del cerebro han emergido y se han consolidado como puntos de entrada en preguntas clásicas tales como dónde yacen los orígenes de la locura, cómo debe adjudicarse la responsabilidad moral, cómo se demarca la normalidad de la patología. Estos asuntos se tratan desde las neurociencias como materias empíricas que pueden ser exploradas a través de metodologías experimentales (Pickersgill y Van Keulen, 2011: 13).

En este sentido, si bien las neurociencias reconsideran (desde otro punto de vista y con otras metodologías) los mismos interrogantes que han desvelado a la filosofía y a la sociología desde sus orígenes, no toman en cuenta estas tradiciones ni los debates o proposiciones que ellas plantean. En cambio, por las cuestiones aquí mencionadas —la identidad, la responsabilidad moral, lo normal y patológico, etc.—, es necesario que las ciencias sociales consideren como objeto de estudio a las neurociencias e inauguren líneas de investigación como las que propone esta obra.

Las contribuciones que reúne el libro se agrupan en tres áreas temáticas: “neurociencia como cultura”, “salud, enfermedad y mejoramiento cognitivo” y “neurociencia, teoría y sociedad”. Los artículos del primer apartado describen y analizan las transformaciones en las culturas terapéuticas, desde la emergencia de narrativas de enfermedad signadas por la influencia de nociones neurocientíficas hasta la emergencia de nuevas culturas profesionales. Basados en una metodología etnográfica, los autores se introducen en las experiencias de los neurocientíficos pediátricos, el mundo del autismo, las experiencias de los investigadores clínicos y de laboratorio, la producción de neuroimágenes y las patologías neurooncológicas, a partir de las cuales narran con precisión la diversidad de escenarios, prácticas y actores en los que las neurociencias juegan un papel central.

El artículo de Rayna Rapp explora las diversas interpretaciones en torno a las nociones de “neurodiversidad”, “democracia neuronal”, y las concepciones sobre el cerebro que se producen y negocian entre padres, pacientes y científicos a partir de una etnografía en un laboratorio que investiga en niños diagnosticados con déficit de hiperactividad, síndrome de Tourette y discapacidades en el aprendizaje. A partir de un trabajo etnográfico con niños diagnosticados con el síndrome de Asperger, Elizabeth Fein describe la influencia de las interpretaciones neurocientíficas en la determinación del diagnóstico. La autora propone la noción de “yo neuroestructural” para describir el impacto de la concepción materialista del cerebro en las formas de entender el síndrome. Por su parte, Sara Shostak y Miranda Waggoner revelan cómo los neurocientíficos buscan producir un conocimiento objetivo mediante sus prácticas científicas pese a que las dimensiones sociales

interpelan su trabajo cotidiano y les obligan a reconsiderar el proceso de investigación asumiendo roles y tareas que no preveían de antemano y que escapan a su experticia. Situándose en la producción de imágenes cerebrales, Kelly Joyce analiza la dinámica de trabajo en un centro de neuroimágenes y muestra cómo los ritmos de la producción fabril se introducen en la práctica de los técnicos y los radiólogos creando tensiones en su desempeño. Por último, Sky Gross se interna en la experiencia de los pacientes neurooncológicos y describe cómo los profesionales, familiares y pacientes colaboran en crear visiones metafóricas de los tumores cerebrales, alejadas de una visión materialista del cerebro.

Los artículos del segundo apartado –“salud, enfermedad, mejoramiento cognitivo”– exploran las transformaciones que las neurociencias han operado en la psicopatología y los nuevos usos de tecnologías farmacológicas en poblaciones saludables. Los autores dan cuenta de cómo se definen y redefinen las categorías de salud/enfermedad y normal/patológico, y sus trabajos tienen la virtud de problematizar la relación entre investigación neurocientífica y clínica psiquiátrica, mostrando consecuencias muy diversas según sea el campo de aplicación.

En esta línea, Ilpo Helén explora en qué medida el concepto de depresión, en tanto desorden cerebral, ha cambiado el razonamiento clínico a partir de la revisión de artículos científicos, materiales de texto y guías de tratamiento de las últimas dos décadas en el contexto finlandés. El autor describe que mientras las neurociencias dominan la escena de la investigación psiquiátrica, su influencia es limitada en la forma en que el trastorno depresivo se concibe en la práctica clínica. Los modelos de tratamiento se centran en los síntomas, eso hace que las teorías neurocientíficas carezcan de relevancia para la práctica clínica. Por el contrario, el trabajo de Julie Netherland describe cómo las neurociencias prometen localizar las causas de la adicción en el cerebro y proporcionan a los clínicos herramientas especulativas y teóricas para identificar a los usuarios de drogas y corregir su comportamiento a través de intervenciones neurocientíficas.^[2] Según la autora, la idea de que la adicción es un defecto en el cerebro incrementa, más que disminuye, la responsabilidad de los individuos, ya que son los

[2] Esta proposición contradice otros estudios que plantean que la rebiologización de la psiquiatría colabora en quitarles responsabilidad a los individuos. En palabras de la antropóloga Tanya Luhrman: “Si algo está en el cuerpo no puede ser culpado el individuo, el cuerpo es moralmente inocente, si algo está en la mente puede ser controlado y la persona está moralmente en falta. La biología es el *moral loophole* de la época” (Luhrman 2000: 8).

propios usuarios de drogas quienes deben prevenir las adicciones y tratar los problemas asociados al consumo. Por su parte, el trabajo de Baptiste Moutad en un hospital francés se centra en las perspectivas de pacientes con trastorno obsesivo compulsivo y de pacientes con Parkinson que participaron de un ensayo clínico en el que se les aplicó de forma experimental una tecnología terapéutica de estimulación cerebral profunda. El autor narra las diferentes interpretaciones que estos pacientes dan a sus problemas y el lugar que el cerebro adquiere en sus narrativas, más o menos alejadas de metáforas cerebrales. Por último, Catherine Coveney nos propone un enfoque de la problemática del mejoramiento cognitivo (*cognitive enhancement*) que se contrapone a las advertencias de la neuroética respecto a un uso indiscriminado de psicofármacos para mejorar el rendimiento cognitivo. A partir de entrevistas con potenciales usuarios, la autora relativiza estas advertencias y cuestiona la idea de que las nuevas drogas se encuentren bajo el paraguas de las tecnologías del mejoramiento de la persona.

La última sección –“neurociencia, teoría y sociedad”– agrupa trabajos que no solo proporcionan herramientas teóricas útiles para el análisis de las implicaciones de las neurociencias sino que exploran vínculos conceptuales entre ambas disciplinas. Simon Williams, Stephen Katz y Paul Martin revisan críticamente la noción de medicalización y sugieren el concepto de biomedicalización, en tanto el último amplía el espectro de actores sociales que participan en la reconfiguración de los procesos contemporáneos de salud-enfermedad, en especial la industria farmacéutica y las nuevas tecnologías, claves en la definición de nuevas problemáticas de salud. El artículo analiza el pasaje de una mirada psicológica o psicodinámica en el campo de la salud mental, la influencia de la industria farmacéutica en crear clasificaciones psiquiátricas, la transformación de la noción de sujeto, ligada a una lectura biológica, la emergencia de una cultura que vincula la experticia científica sobre el cerebro con la cultura popular del cerebro y las políticas neoliberales del Yo. A partir del caso del diagnóstico de “deterioro cognitivo leve”, los autores señalan la forma en que los límites entre memoria patológica y normal comienzan a desdibujarse. Christian von Scheve propone articular las disciplinas sociales con las neurociencias. Desde su perspectiva, las neurociencias pueden iluminar diferentes conceptos microsociológicos, por lo que proclama la validez de un abordaje interdisciplinario. En otra línea, Jenell Johnson y Melissa Littlefield exploran la transformación de las neurociencias al formato divulgación científica, y a través de un análisis que se concentra en el uso de la retórica examinan cómo el formato de divulgación se constituye en la base argumentativa de disciplinas como la neuroeconomía, la neurolingüística, entre otras disciplinas derivadas de la neurociencia.

En el último capítulo, Erin Conrad y Raymond de Vries analizan la emergencia de la neuroética desde un abordaje sociohistórico que recupera no solo el surgimiento de la disciplina sino la discusión acerca de la legitimidad de su existencia como espacio diferencial con respecto a la bioética. En particular, se interrogan si el carácter especulativo de la neuroética y su cercanía con las neurociencias no impedirían lograr la distancia objetiva necesaria para lograr sus objetivos.

Los artículos que se presentan en este libro trazan un panorama de las áreas significativas en las que los estudios sociales de las neurociencias podrían expandirse. Las cuestiones que abordan los autores abren una serie de interrogantes teóricos y empíricos que merecen una particular atención considerando el desarrollo de las neurociencias en Argentina.

¿Cómo es el acceso de las nuevas tecnologías en el contexto argentino, cuál es su difusión y qué tipo de utilización se lleva a cabo (investigación o clínica)? ¿Cuáles son las nuevas categorías de enfermedades y de pacientes que emergen a partir de la influencia de las neurociencias? ¿Cómo se introducen estas categorías en un contexto de atención de salud mental predominantemente psicoanalítico? ¿Cuál es el impacto de las neurociencias en la sociedad? ¿Qué tipo de conocimiento y formatos de difusión facilitan la progresiva identificación de la identidad personal con el cerebro?

Estas preguntas pueden complejizarse aún más si se toman en cuenta otras dimensiones problemáticas también esbozadas en los artículos. Por ejemplo, el impacto de las neurociencias en la psiquiatría revela tal variedad de escenarios que es imposible analizarlo por fuera de categorías psiquiátricas específicas. No es lo mismo el efecto de las ideas neurocientíficas en la concepción de las adicciones que en la noción de depresión, o de autismo, como los mismos autores lo han demostrado. En este sentido, una de las cuestiones que se derivan de este impacto diferencial es el debate acerca de la responsabilidad del sujeto, es decir, el modo en que se desplaza la relación entre sujeto y padecimiento a partir de la cerebralización de los trastornos psiquiátricos. Se trata de un aspecto interesante a explorar, en particular en sociedades atravesadas por otras concepciones de responsabilidad subjetiva como es el caso de la sociedad argentina, dada la influencia del psicoanálisis en el campo de la salud mental.

Otra de las dimensiones que podría considerarse como objeto de interés sociológico es la relación entre clínica e investigación. Tal como algunos de los artículos indicaron, no se trata de una relación lineal sino que en muchos casos las perspectivas de investigación sobre las bases cerebrales de la conducta no impactan de forma sustancial en las prácticas terapéuticas. Indagar sobre esta relación conduciría a entender los efectos reales de la

transformación de la psiquiatría por las neurociencias. Asimismo, el análisis de las implicaciones éticas de la investigación en neurociencia y los usos de las tecnologías terapéuticas asociadas a esta disciplina es otra de las áreas donde las investigaciones sociales pueden discutir, sustentar o interpretar con otras herramientas los planteos de la neuroética.

Por su parte, desde la perspectiva de los estudios sociales de la ciencia, sería relevante analizar la emergencia y conformación del campo de las neurociencias en el país, indagando en los actores, instituciones y temáticas que lo delimitan, así como analizar la construcción del conocimiento neurocientífico en el laboratorio, sin desatender la dinámica de esta disciplina en un país periférico aunque relativamente moderno respecto de las tradiciones centrales que dominaron las ciencias modernas (Kreimer, 2010).

Finalmente, considero que la relevancia de esta compilación se halla en que aporta un abanico de datos socioantropológicos susceptibles de dialogar con los análisis socioculturales y en contraste con los análisis meramente especulativos. Asimismo, son destacables el valor analítico de la descripción sociológica y etnográfica que provee cada uno de los artículos, el estudio de universos específicos donde se ponen en juego las nociones neurocientíficas y sus correlatos en distintas prácticas de intervención e investigación. Los trabajos visibilizan las tensiones, ambigüedades y diferencias que atraviesan las investigaciones, la práctica clínica y las interpretaciones de los pacientes. En este sentido, dan cuenta de que no existen formas estáticas de considerar las ideas neurocientíficas sino que, en sus prácticas, los investigadores, pacientes y clínicos les otorgan sentidos múltiples y flexibles.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bezerra, B. (2000), "Naturalismo como anti-reduccionismo: notas sobre cerebro, mente e subjetividade", *Cadernos IPUB*, vol. 18, pp. 158-176.
- Dumit, J. (2004), *Picturing Personhood: Brain Scans and Biomedical Identity*, Princeton, Princeton University Press.
- Ehrenberg, A. (2004), "Le sujet cerebral", *Esprit*, vol. 309, pp.130-155.
- (2008), "Le cerveau social. Chimère épistémologique et vérité sociologique", *Esprit*, vol. 341, pp. 79-103.
- Kreimer, P. (2010), *Ciencia y periferia. Nacimiento, muerte y resurrección de la biología molecular en la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba.
- Luhrman, T. (2000), *Of two minds. The growing disorder in American Psychiatry*, Nueva York, Alfred A. Knopf.

- Ortega, F. (2008), “O sujeito cerebral e o movimento da neurodiversidade”, *Mana*, vol. 14, N° 2, pp. 477-509.
- y F. Vidal (eds.) (2011), *Neurocultures. Glimpses into an Expanding Universe*, Fráncfort, Peter Lang.
- Pickersgill, M. y I. Van Keulen (eds.) (2011), *Sociological Reflections on the Neurosciences*, Bingley, Emerald Group Publishing.
- Rose, N. (2003), “Neurochemical selves”, *Society*, vol. 41, N° 1, pp. 46-59.
- (2007), *The politics of life itself. Biomedicine, Power and Subjectivity in the Twenty-First Century*, Oxfordshire, Princeton University Press.